

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

Página

Jesucristo, Señor de la Iglesia	1
Estudio Exegético - Práctico de 1 Cor. 1..	9
La relación entre la Doctrina y la Obra Universal de la Iglesia	16
Unos principios bíblicos en cuanto a la Libertad Cristiana	21
Bosquejos para Sermones	36

Publicado por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Año 7

Segundo Trimestre - 1960

Número 26

se complacen en la injusticia." — En todos esos textos la Sagrada Escritura habla de tales juicios punitivos, y por eso es aceptable que en nuestro texto el apóstol también piensa en un juicio similar. De ninguna manera cabe que Dios haya pasado por alto a ciertas personas: pues la Escritura testimonia claramente que Dios no quiere que alguien se pierda, sino que todos los hombres vengan al arrepentimiento. Mas cuando los hombres se tienen a sí mismos por sabios, cuando desprecian la palabra de la cruz y se burlan de ella, llega el momento cuando ya no distinguen nada. Finalmente les sobreviene aun el juicio del endurecimiento, y por propia culpa se pierden. Así, finalmente, Dios pronuncia sobre la sabiduría y el poder su juicio de muerte. Mas como son llamados y salvos, sin mérito propio, los insensatos, los débiles y los viles, eso sobrepasa nuestra razón. Nos hallamos aquí ante el mismo misterio, del cual escribe San Pablo, en Rom. 11:33-35: "¡Oh profundidad de las riquezas, así de la sabiduría como de la ciencia de Dios! ¡cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor? ¿o quién ha sido su consejero? ¿o quién le ha dado a él primero, para que le sea recompensado?".

(Continuará)

LA RELACION ENTRE LA DOCTRINA Y LA OBRA UNIVERSAL DE LA IGLESIA

Por el Prof. E. C. Kieszling

PARTE TERCERA

La Vida Integral

Estudiadas ya la Vida Contemplativa y la Vida Activa, nos resta ahora ocuparnos en la tercera y última de las categorías establecidas por S. Agustín, a saber, en la Vida Compuesta o Integral, producto de la unión — creadora, y no meramente mecánica — de la práctica con la teoría. La vida integral resulta cuando nuestra manera de actuar es determinada por las experiencias adquiridas mediante el estudio. Esto, sin embargo, no es tan sencillo como parece; en realidad, la vida integral es sumamente compleja, en más de un sentido.

En primer término, nuestras observaciones no siempre son claras y exactas. "Conocemos en parte", dice S. Pablo (1. Cor. 13. 9). A veces, el conocimiento insuficiente es el resultado de nuestra propia indolencia o de nuestra falta de talento: otras veces, la dificultad radica en la naturaleza misma del problema. Hay más de un problema que todavía no podemos resolver porque hasta el momento ignoramos muchos detalles esenciales.

Pero aun cuando nuestra observación es clara y exacta y completa, ello no es todo: por lo general se necesita además una cierta dosis de tino, fuerza de voluntad y otra vez talento para llevar a la práctica la observación, cualidades de que muy a menudo carecemos total o al menos parcialmente. Para citar un solo ejemplo: al criticar un sermón, todos sabemos indicar dónde están sus fallas; quizás hasta podemos enunciar las reglas que han de observarse para producir un buen sermón: pero cosa muy distinta es escribir personalmente un buen sermón.

O supongamos que la observación es buena y que existe también el necesario tino, talento y fuerza de voluntad: con todo, nuestra intención puede malograrse porque nuestras observaciones no concuerdan con las observaciones de otras personas. Por desgracia, esto ocurre también en el terreno teológico. ¡Cuántas veces sucede que dos personas o dos grupos analizan un mismo pasaje bíblico, con toda humildad y con el sincero propósito de dejar hablar a Dios — y no obstante llegan a resultados muy diferentes! El uno dice: "Esto es tan claro que hasta un niño lo entiende; Dios habla del problema que nos ocupa y nos dice qué debemos hacer"; el otro en cambio afirma: "Este pasaje no tiene relación alguna con nuestro problema, sino con otra cosa."

Imaginémonos ahora que todas las observaciones concuerdan, que el problema ha sido comprendido claramente por todos, y que todos están dispuestos a actuar. Surge entonces una cuarta dificultad: el problema puede ser de índole tal que se resiste terminantemente a toda solución. Un problema de esta clase es nuestra pecaminosa naturaleza humana. "No hago lo bueno que quiero hacer, sino lo malo que no quiero, esto práctico" (Rom. 7:19).

Todos estaremos de acuerdo en que los cristianos deberían asistir al culto cada domingo. Nos proponemos convencerlos de

ello y tratamos por todos los medios posibles de convertirlos en oidores asiduos de la Palabra. Pero ¿quién logró jamás alcanzar completamente esta su meta? No cabe duda: la vida integral es compleja y difícil; no es extraño, pues, que ella dé motivo para muchas y diversas tensiones.

Afortunadamente, todos somos de un mismo pensar en cuanto a las grandes verdades fundamentales; todos reconocemos por igual la imperiosa necesidad de anunciar el Evangelio, a tiempo y fuera de tiempo. Aquí no hay discrepancias respecto de los fines. Pero a menudo las hay respecto de los métodos. ¿Nunca habéis oído el reproche de que la prédica en nuestros pulpitos luteranos va adquiriendo un tono calvinista? Sospecho que varios de estos críticos jamás han leído un solo sermón de Calvino; supongo, pues, que lo que quieren decir es que nuestros sermones luteranos se van asemejando al estilo de predicación que se halla en muchas otras iglesias protestantes, ante todo en las liberales. En efecto, cierto feligrés me aseguró hace poco que los sermones de su pastor podrían haber sido predicados también por un unitario. Es una suerte para aquel miembro que su pastor aceptó poco después un llamado a otra congregación.

¿Es cierto que nuestra manera de predicar cambió tanto? Se me ocurrió leer algunos sermones en la "Evangelienpostille" (colección de sermones sobre los Evangelios) del Dr. C. F. W. Walther, publicada en 1870, y varios de los sermones cuaresmales ("Passionspredigten") de Adolfo Höncke, traducidos al inglés por Werner Franzmann y editados en 1939, y compararlos con sermones aparecidos recientemente en las revistas "Lutheran Witness" y "Northwestern Lutheran". Quedé sorprendido al constatar la asombrosa similitud, el mismo claro desarrollo, el mismo contenido doctrinal, la misma diferenciación de Ley y Evangelio, la misma limitación a expresiones y pruebas bíblicas, la misma ausencia de "ilustraciones prácticas", es decir, anécdotas y cuentecillos. Sermones del mismo tipo eran los que oí cuando, algunos años atrás, hice una gira por el Oeste de nuestro país (los Estados Unidos). Por otra parte oí también, y de boca de pastores eminentes, sermones en que el texto bíblico era sumamente breve y servía más bien como lema que como material de instrucción en la verdad divina; tenían más

de plática alentadora que de sermón doctrinal. Debo confesar que esta clase de predicaciones, pese a sus defectos, cautivan el interés de los oyentes. Puede ser que constituyan una orientación nueva, pero no dejarán de crear tensiones en más de uno.

Dije que todos concordamos en que el Evangelio debe ser predicado en todas partes a todos los hombres. Pero ¿no radican algunas de nuestras dificultades y desavenencias intersinodales precisamente en el hecho de que cada sinodo interpreta la expresión 'en todas partes a todos los hombres' a veces en el sentido de que comprende también la misión interna de otros sinodos? Es bastante generalizada la opinión de que hemos invadido recíprocamente nuestros campos de actividad y fundado iglesias opositoras, que hemos atirantado el lazo del amor fraternal, que estamos edificando una parte del templo de Dios derribando otra.

Otras veces hay dificultades debidas a cierto orgullo o "amor propio sinodal". ¡Es tan estimulante, y suena tan grata en nuestros oídos la noticia de que nuestro sinodo está creciendo en forma continua, y hasta extraordinaria, y que año tras año se funda un número respetable de congregaciones nuevas! Pero lo que las estadísticas no revelan es que varias de estas congregaciones tienen que cifrar sus esperanzas de crecimiento en la incorporación de miembros (con frecuencia descontentos) provenientes de sinodos hermanos. Esto lo saben sólo las respectivas congregaciones, y los respectivos presidentes de distrito, ante los cuales se presentan quejas y que luego nombran un comité investigador. Estos comités trabajan diligentemente durante meses y meses, y lo único que consiguen es ahondar en muchos miembros la convicción de que somos, en realidad, no iglesias cooperadoras, sino competidoras.

Sé que estoy simplificando demasiado las cosas, y que a menudo hay otras circunstancias que deben tomarse en consideración. Existen congregaciones viejas y semidormidas para las cuales será un bien que se las despierte iniciando el trabajo misional en su vecindad donde ellas mismas de todos modos no han desarrollado actividad alguna. Sucede también en estos nuestros tiempos agitados que grupos de cristianos sinceros y firmes en sus convicciones se separan de sus congregaciones por dificultades de orden sinodal y solicitan los servicios de otro pastor

que ellos mismos escogieron. Solicitudes como éstas no se pueden rechazar sin más ni más. Yo personalmente citaría en tal caso las palabras de S. Pablo: "¿Qué diré pues? Esto, que sin embargo, de todas maneras, ora por pretexto, ora con verdad, Cristo es predicado, y en esto me regocijo, sí, y seguiré regocijándome" (Fil. 1:18). Claro que esto no vale como excusa para los que predicán a Cristo con miras a sembrar discordia y odio.

Cabe señalar sin embargo que las más de las tensiones de la vida integral se producen en la periferia y no en el centro de la vida cristiana. Me he anotado una serie de problemas que en años pasados crearon dificultades y mayormente las están creando todavía, y los presentaré con breves comentarios. Al hacerlo, me abstendré por lo general de emitir un juicio a favor o en contra de las opiniones en juego, porque mi único propósito es demostrar que siempre se producirán tensiones, por más que nos esforcemos en eludirlas. Estas tensiones suelen originar dolorosas y amargas polémicas, pero de nada nos valdrá tratar de negar su existencia. Las más de ellas tienen que ver con el sagrado ministerio — al menos tienen su origen en la actividad pastoral. De allí bien pronto pasan a ser problema congregacional.

Comencemos con una tensión poco menos que desaparecida en nuestros días, a saber, el uso de la lengua materna, sea el alemán, el noruego o el eslovaco, en nuestras escuelas parroquiales y cultos. Han pasado ya casi 70 años desde que en el estado de Wisconsin (E.E. U.U. A.A.) la Ley Bennett se convirtió en punto de controversia. Esa ley prescribía, entre otras cosas, que en todas las escuelas debía enseñarse el inglés. Esto habrá conducido a la clausura de la mayor parte de nuestras escuelas parroquiales, porque sólo unas pocas de ellas ofrecían cursos de inglés. Con sorprendente unanimidad, tanto luteranos como católicos abogaron en aquel entonces por la abolición de esa ley; pero también aprendieron la lección recibida y bien pronto introdujeron la enseñanza del inglés en sus escuelas.

Los cultos en idioma alemán se conservaron por mucho más tiempo. Aún hoy día, algún que otro pastor joven se ve ante la alternativa de usar el alemán en su predicación del Evangelio por consideración hacia los miembros más viejos de la con-

gregación, o de negarles esa solicitud por su propio dominio deficiente de este idioma.

Un lejano eco de aquella ya casi desaparecida tensión se hace oír también cuando nuestros críticos contemporáneos la juzgan a la luz de la historia moderna. Abandonar las lenguas foráneas, dicen, equivale a salir del aislamiento y librarse del carácter y del estigma de una iglesia de inmigrantes.

Admitimos francamente que ese juicio contiene una buena parte de verdad, y que hacemos alarde de ser ahora una iglesia netamente americana. ¡Pero por nada debemos renunciar al aprecio de nuestra herencia germana o noruega o eslovaca! Al contrario, deberíamos hacer los mayores esfuerzos por conservar lo más valioso de esta herencia, estudiando el idioma de nuestros padres por lo menos en nuestros seminarios teológicos y fomentando empresas tales como la monumental traducción de las obras de Lutero al inglés que actualmente está en preparación.

(continuará)

UNOS PRINCIPIOS BIBLICOS EN CUANTO A LA LIBERTAD CRISTIANA

Introducción

Puesto que la Libertad Cristiana es un concepto tan amplio y que afecta a tantas otras doctrinas de la Escritura, será imposible tratarla de una manera completa en este estudio. Por eso me he limitado a exponer algunos de sus principios básicos que nos proporciona el estudio de las palabras neotestamentarias que significan "libertad" y "esclavitud". Además, y principalmente, este estudio se basa sobre una examinación de los siguientes capítulos del N. T.: Rom. 5, 6, 7, 8 y 14; 1 Cor. 8, 9, y 10; Gálatas 4 y 5; y Colosenses 2. Pero tampoco será este estudio una exposición completa del contenido de estos capítulos. Era necesario limitarme a expresar lo más importante y fundamental para un concepto básico de esta gloriosa doctrina de la Escritura.